

CAPÍTULO XI

Razones que tuvo Sosibio, ministro de Ptolomeo, para arrestar a Cleómenes. – Ardid de que se valió para este fin. – Encarcelamiento y muerte de este príncipe.

En el tiempo en que se estaban fraguando la muerte de Magas y Berenice (año -220), temerosos los autores de este atentado de que la audacia principalmente de esta princesa no malograra sus propósitos, procuraron cohechar a todos los cortesanos con ofertas que les hicieron si salían con la empresa. Entonces Sosibio,

advirtiéndole que Cleómenes necesitaba del auxilio del rey y que era hombre de prudencia y habilidad para asunto de importancia, lisonjeó sus esperanzas y le reveló el proyecto. Cleómenes, viendo que el principal sobresalto y recelo de Sosibio provenía de los extranjeros y mercenarios, procuró animarle, y le prometió que estas tropas, lejos de dañarle, coadyuvarían su intento. Advirtió que le había sorprendido aún más esta promesa, y le dijo: «¿No ves que entre los extranjeros hay aquí hasta tres mil peloponesios y mil cretenses, que a la menor señal mía ejecutarán mis órdenes? ¿Puestos éstos de tu lado, a quién temes? Sin duda a los soldados de Siria y Caria». Este discurso agradó a Sosibio y le dio redoblado espíritu para lo que maquinaba contra Berenice; pero de allí adelante cada vez que consideraba la indolencia de Ptolomeo se acordaba de esta conversación y se le representaba a lo vivo la audacia de Cleómenes y el afecto que le profesaban los extranjeros. Por eso ahora principalmente incitaba al rey y a sus amigos a que prendiesen y encerrasen su persona. Contribuyó también a la consecución de su proyecto esta casualidad.

Había cierto Nicágoras en Mesenia que por su padre tenía derecho de hospitalidad con Arquidamo, rey de Lacedemonia. En los primeros tiempos de su amistad existió poco trato entre los dos; mas cuando Arquidamo tuvo que huir de Esparta por temor de Cleómenes y acogerse a Mesenia, Nicágoras no sólo le franqueó con gusto su casa y demás necesario, sino que con el continuo trato vino a haber después entre los dos la unión y amistad más estrecha. De suerte que en la consecuencia, habiendo Cleómenes dado esperanzas a Arquidamo de que volvería y se reconciliaría con él, fue Nicágoras quien compuso estas diferencias y salió por garante de este tratado. Ratificadas sus condiciones, Arquidamo regresó a Esparta bajo la fe del convenio concertado por la mediación de Nicágoras; pero Cleómenes salióle a recibir y le quitó la vida, perdonando a Nicágoras y demás que le acompañaban. Nicágoras aparentó exteriormente que era deudor a Cleómenes de haberle perdonado, mas en su interior sintió en el alma esta perfidia, como que se le podía achacar a él la causa.

Transcurrido poco tiempo este Nicágoras llegó a Alejandría con una conducción de caballos, y al desembarcar encontró a Cleómenes, Panteo e Hipitas que andaban paseando a la orilla del muelle. Lo mismo fue verle Cleómenes que al instante le abrazó, le saludó amistosamente y le preguntó a qué venía. Y respondiendo éste que a traer caballos, «cuánto mejor hubiera sido, le dijo Cleómenes, que en vez de caballos trajeras bellos jóvenes y cantarinas, pues esto es lo que más aprecia el rey de hoy día». Nicágoras se sonrió sin hablar una palabra. Pocos días después, habiéndosele proporcionado con motivo de los caballos alguna más familiaridad con Sosibio, le contó el cuento que hemos dicho, y advirtiéndole que le escuchaba con gusto, le descubrió todo su antiguo odio contra Cleómenes.

Sosibio, conociendo la enemistad que existía entre los dos, con dádivas que le hizo por de pronto y otras que le ofreció para el futuro, le indujo a que escribiese una carta contra Cleómenes y la dejase cerrada, para que a pocos días después de su marcha se la viniese a traer un criado de parte suya. Efectivamente, Nicágoras cumplió lo prometido; la carta fue entregada por el criado a Sosibio después de su salida, y éste, acompañado del portador, se la presentó al rey sin detenerse. El criado confesó que Nicágoras le había dejado aquella carta con orden de entregarla a Sosibio. Ésta contenía que Cleómenes pensaba conmovér el reino si no se le enviaba con el aparato y auxilio correspondiente. De este bello pretexto se sirvió al momento Sosibio para incitar al rey y a los demás amigos a que sin dilación

se custodiase y encerrase a Cleómenes. Efectivamente, se puso en ejecución y se le dio una gran casa donde se hallaba bien custodiado, con la sola diferencia, respecto de otros prisioneros, de que vivía en una cárcel más espaciosa. En vista de esto, Cleómenes, perdida la esperanza de salvarse, decidió arriesgarlo todo, no tanto porque presumiese salir con su intento, pues se veía privado de los medios proporcionados para la empresa, cuanto porque quería morir gloriosamente y no sufrir cosa que desdijese de su valor heredado. En mi concepto, le vino también a la imaginación y le ocurrió aquel sentimiento tan frecuente en las personas magnánimas:

*No moriré de manera vil y oscura,
será mi muerte decorosa y noble,
de que siempre hablará la gente futura.*

Efectivamente, observó el tiempo en que el rey debía partir para Canopo, y esparció la voz entre los guardias que prontamente el rey le pondría en libertad. Con este motivo dio un convite a sus criados, y distribuyó carnes, coronas y vino entre los que le custodiaban. Éstos comieron y bebieron sin sospechar malicia alguna; y cuando ya estuvieron borrachos, Cleómenes toma a los amigos y familiares que allí tenía y salen todos a la mitad del día con sus puñales en la mano, sin que lo adviertan los guardias. Conforme iban andando encontraron en la plaza a Ptolomeo, gobernador que era entonces de la ciudad, y pasmados los que le acompañaban de tanto arrojo, le sacan a él de su carro, le encierran y exhortan al pueblo a la libertad. Pero viendo que nadie les seguía ni se ponía de su parte por lo arriesgado de la empresa, cambian de intento y se dirigen a la ciudadela. Su ánimo era forzar las puertas y valerse de los prisioneros; pero los oficiales, que habían presenciado este lance, fortificaron las puertas, por lo que, malgrado también este propósito, se dieron la muerte a sí mismos con un ánimo varonil y propio de lacedemonios. De este modo acabó Cleómenes, príncipe de un trato insinuante, sagaz para manejar asuntos y, en una palabra, nacido para mandar y dar leyes.